

es, por consiguiente, tan crucial para ellos como para los llamados grupos blanco.

El hecho de aplicar esta perspectiva teórica a asuntos del Estado y políticas estatales nos lleva a una apreciación más completa de las complejidades de las prácticas de intervención y los procesos. Acentúa la importancia teórica de considerar las diferentes respuestas y los resultados de la intervención, y expone así las limitaciones de modelos en extremo generalizados. Critica los modelos de planificación que presuponen un proceso lineal o cíclico simple de la formulación de la política, implementación y resultados, y apunta a la necesidad de examinar cómo se transforman los programas de la política durante el proceso de aplicación. Postula que la política del Estado no sólo es determinada por factores estructurales mayores, como las tendencias a la acumulación de capital en una escala global y nacional, mercados internacionales, y la supuesta importancia de la lucha de clases, sino también por los intereses sociales, ideologías y estilos administrativos de la elite política y burocrática del Estado. En suma, apunta al valor de emprender estudios comparativos de las repercusiones sociales y las dinámicas de formas particulares de intervención del Estado en los ámbitos regional y local, y de los procesos más autónomos que toman lugar fuera de la escena o en los intersticios de las estructuras político-administrativas formales. Este enfoque permite un mejor entendimiento de las prácticas de intervención y sus continuas transformaciones.

CAPÍTULO 3 LA CONSTRUCCIÓN DE UN MARCO CONCEPTUAL E INTERPRETATIVO¹

Como dejé claro en el capítulo uno, no es mi objetivo formular una teoría genérica de la sociedad o del cambio social basada en principios universales que dicten cómo se constituyen y transforman los órdenes sociales. En cambio busco entender los procesos por los cuales las formas sociales o arreglos particulares surgen y se consolidan o re-trabajan en las vidas cotidianas de las personas. Esto es, me interesa analizar las heterogéneas prácticas sociales y discursivas² que son ejecutadas e interpretadas por los actores sociales en el forjamiento de sus vidas y las de otros. Una perspectiva orientada al actor ofrece valiosas pistas en estos procesos de construcción y reconstrucción social. También permite conceptualizar la manera en que los escenarios de interacción a pequeña escala (o *locales* como diría Giddens para hablar de sitios de interacción) se entrelazan con dominios más amplios, campos de recursos y redes de relaciones, facilitando de esta manera un nuevo proceso de revisión de conceptos importantes, tales como “constricciones”, “estructura” y relaciones “micro-macro”.

La intención de este capítulo, entonces, es poner en claro los fundamentos conceptuales y metodológicos de una perspectiva orientada al actor mediante la dilucidación de ciertos conceptos y los procedimientos analíticos. Espero de esta manera transmitir a los lectores la utilidad de tal metodología para examinar problemas de cambio y continuidad en general, y no sólo aquellos relacionados de un modo

¹ Este capítulo retoma los problemas metodológicos que se exploraron en dos publicaciones anteriores (Long, 1989 y 1997).

² A lo largo del texto uso el término “prácticas” para enfatizar la concreción de la acción social, más que la noción más abstracta de *praxis* que, como Bourdieu (1990:22) bien señala, “tiende a crear la impresión de algo pomposamente teórico [...] y hace pensar en el marxismo de moda, el Marx joven, la Escuela de Frankfurt y el marxismo yugoslavo”.

directo con los asuntos de "desarrollo". Pero, primero, permítaseme sintetizar las piedras angulares de esta perspectiva.

Las piedras angulares de una perspectiva orientada al actor

Éstas pueden resumirse como sigue:

1. La vida social es heterogénea. Comprende una amplia diversidad de formas sociales y repertorios culturales, aun en circunstancias aparentemente homogéneas.
2. Es necesario estudiar cómo se producen, reproducen, consolidan y transforman tales diferencias, e identificar los procesos sociales involucrados, no sólo los resultados estructurales.
3. Tal perspectiva requiere una teoría de agencia basada en la capacidad de los actores para ordenar y sistematizar sus experiencias y las de otros y actuar sobre ellas. La agencia implica, por un lado, cierta capacidad de conocer en tanto que las experiencias y deseos son reflexionadamente interpretados e interiorizados (de modo inconsciente o consciente), y por otro, la capacidad para manejar tanto habilidades relevantes, como acceso a recursos materiales y no materiales, así como involucrarse en prácticas organizativas particulares.
4. La acción social nunca es un afán únicamente individual centrado en el ego. Tiene lugar en redes de relaciones (en que intervienen componentes humanos y no humanos); se forma tanto por la rutina como por prácticas organizativas explorativas, y está constreñido por ciertas convenciones sociales, valores y relaciones de poder.
5. Sería engañoso suponer que tales constreñimientos sociales e institucionales se pueden reducir a categorías sociológicas generales y jerarquías basadas en clase, género, estatus, etnia, etcétera. La acción social y la interpretación siempre están ubicadas en contextos específicos y se generan dentro de éstos. Los marcadores limítrofes son específicos en dominios particulares, arenas y campos de acción social y no deben juzgarse analíticamente.
6. Los significados, los valores y las interpretaciones se construyen culturalmente, pero se aplican de manera diferencial y se rein-

terpretan de acuerdo con posibilidades conductuales existentes o circunstancias cambiadas, lo que a veces genera "nuevos" estándares culturales.

7. Relacionada con estos procesos está la cuestión de escala. Me refiero a las maneras en que sitios de interacción a "micro-escala" y arenas localizadas se conectan a fenómenos amplios de "macroescala" y viceversa. En lugar de ver lo "local" como formado por lo "global" o lo "global" como un agregado de lo "local", una perspectiva del actor apunta a la dilucidación de los conjuntos precisos de relaciones entrelazadas, "proyectos" del actor y las prácticas sociales que penetran los varios espacios sociales, simbólicos y geográficos.
8. Con el fin de examinar estas interrelaciones es útil trabajar con el concepto de "interfaz social", el cual explora las maneras en las que discrepancias de interés social, interpretación cultural, conocimiento y poder son mediadas y perpetuadas o transformadas en puntos críticos de eslabonamiento o confrontación. Estas interfaces necesitan ser identificadas etnográficamente, no conjeturadas con base en categorías predeterminadas.
9. Así, el mayor desafío es delinear los contornos y contenidos de formas sociales diversas, explicando su génesis y trazando sus implicaciones para la acción estratégica y modos de conciencia. Es decir, necesitamos entender cómo estas formas son perfiladas en condiciones específicas y en relación con configuraciones pasadas, contemplando su viabilidad, capacidades autogenerativas y ramificaciones más amplias.

Las percepciones, representaciones culturales y discursos de los actores

El planteamiento empieza con problemas definidos por el actor o situaciones problemáticas, tanto si éstas son definidas por planificadores o diseñadores de políticas, investigadores, agentes interventores privados o públicos o los actores locales, y en cualquier dominio de poder, arena o campo, sea éste espacial, cultural o institucional. Tales asuntos o situaciones son, claro, a menudo percibidos, y sus implicaciones son interpretadas de modos muy distintos por las varias partes

o actores involucrados. Entonces, desde el principio nos enfrentamos al dilema de cómo representar las situaciones problemáticas al ser confrontado con múltiples voces y realidades contendidas. Claro, una arena social o campo se construye de un modo discursivo y se delimita en la práctica por el uso del lenguaje y las acciones estratégicas de los varios actores. Se requiere evidencia empírica de hasta qué punto se logra consenso con respecto a la definición de situaciones. No se debe suponer una visión compartida. Los actores se afanan por encontrar interpretaciones comunes o acomodamientos entre los diversos puntos de vista, y siempre hay posibilidades de disentir de ellos.

Todos los actores operan —de modo más implícito que explícito— con creencias sobre la agencia; esto es, articulan nociones acerca de unidades actuantes relevantes y los tipos de “capacidad de conocer” y “capacidad de hacer” que tienen *vis à vis* el mundo en que viven. Esto plantea la pregunta de cómo las percepciones de las acciones y agencia de otros delinear la conducta propia. Por ejemplo, los granjeros locales pueden tener perspectivas estereotipadas del “Estado” o del “mercado”, como actores que, con independencia de sus relaciones con funcionarios del Estado individuales o comerciantes del mercado, pueden influir en sus expectativas de los resultados de intervenciones particulares. Lo mismo es pertinente a la atribución de motivos a actores locales autoritarios, como los jefes políticos y líderes del pueblo. El problema central es cómo los actores se afanan en dar significado a sus experiencias mediante una serie de representaciones, imágenes, comprensiones cognoscitivas y respuestas emocionales. Aunque el repertorio de filtros y antenas cognitivas variará considerablemente, tales procesos están hasta cierto grado enmarcados por percepciones culturales “compartidas”, que están sujetas a reconstitución o transformación.

Las culturas situadas localmente se ponen a prueba constantemente al encarar lo menos familiar o lo extraño. El análisis debe dirigirse, por consiguiente, a las complejidades y dinámicas de las relaciones entre mundos de vida diferenciados y a los procesos de construcción cultural. De esta manera, se pretende entender la producción de fenómenos culturales heterogéneos y los resultados de la interacción entre dominios de representación y discursivos, y así delinear lo que podríamos llamar una cartografía de diferencia cultural, poder y autoridad.

Pero, dado que la vida social está compuesta de “realidades múltiples”, que son construidas y confirmadas sobre todo mediante la experiencia, este interés en la cultura debe fundamentarse metodológicamente en el estudio detallado de la vida cotidiana en que los actores se esfuerzan por aprehender cognitiva, organizacional y emocionalmente las situaciones problemáticas que enfrentan. Por lo tanto, deben analizarse las percepciones sociales, disposiciones culturales, valores y clasificaciones en relación con las experiencias entrelazadas y las prácticas sociales, no a nivel de esquemas culturales generales o abstracciones de valor. Por ejemplo, la producción de mercancías para los mercados globales implica un rango entero de transformaciones de valor, no sólo respecto a la propia cadena mercantil (es decir, el análisis del “valor agregado” en los sitios de transformación, comercialización y consumo del producto), sino también en cuanto al efecto de tal mercantilización en los valores sociales atribuidos a otros bienes, relaciones y formas de sustento y de conocimiento. De esta manera, el involucramiento en cadenas mercantiles puede disparar —pero no determinar— una cantidad de transformaciones culturales significativas.

Con el fin de analizar estas dimensiones debemos rechazar un concepto homogéneo o unitario de “cultura” (a menudo implicado cuando se etiquetan ciertas conductas y sentimientos como “tradición” o “modernidad”) y abrazar de manera teórica los asuntos centrales de repertorios culturales, heterogeneidad e hibridismo. El concepto de repertorios culturales apunta a las maneras en que varios elementos culturales (nociones de valor, tipos y fragmentos de discursos, ideas de organización, símbolos y procedimientos rituales) se usan y recombinan en la práctica social, consciente o inconscientemente. La noción de heterogeneidad indica la coexistencia de múltiples formas sociales dentro del mismo contexto o del escenario, en el cual se ofrecen soluciones alternativas a problemas similares, subrayando así que las culturas son por necesidad múltiples en la manera que ellas se practican (cf. el concepto de estructuras polimórficas en las ciencias biológicas).³

³ En la biología, el polimorfismo denota situaciones en que coexisten dos o más variedades de una especie. Un ejemplo intrigante es el de la *Papilio dardanus*, mariposa africana cuyas hembras imitan el color y el patrón del ala de muchas variedades. Esta heterogeneidad las protege de ciertos depredadores que las confunden con una variedad de mariposa de sabor detestable, lo cual les da una buena oportunidad de supervivencia.

Y la noción de hibridismo se refiere a los productos mixtos que resultan de combinar ingredientes y repertorios culturales diferentes. Por supuesto, hay ciertas dificultades inherentes al uso del término "hibridismo" para caracterizar modelos contemporáneos de cambio, ya que, como el bricolaje, sugiere la adhesión o combinación estratégica de fragmentos culturales, más que la naturaleza activa autotransformadora de las prácticas socioculturales. En cambio, en un reciente libro, provocativo de manera deliberada, Alberto Arce y yo hemos propuesto el término "mutación social" para designar tales procesos transformadores y generados internamente (Arce y Long, 2000:17-18, 159-183).

Una manera útil para explorar la trascendencia de repertorios culturales particulares y las formas en que interactúan e interpenetran según la situación es el análisis de discurso. Por discurso se entiende un juego de significados insertos en las metáforas, representaciones, imágenes, narraciones y declaraciones que fomentan una versión particular de "la verdad" acerca de objetos, personas, eventos y las relaciones entre ellos. Los discursos producen textos escritos, hablados, e incluso no-verbales como los significados insertos en los estilos arquitectónicos o modas del vestido.

Los discursos encuadran nuestra comprensión de experiencias de vida proporcionando representaciones de la "realidad" —a menudo tomada por dada— y forma o constituye los que consideramos objetos, personas y eventos de nuestro mundo significativos o esenciales. Claro, es posible tener versiones diferentes o contradictorias del mismo discurso, o discursos incompatibles, en relación con los mismos fenómenos. Por ejemplo, el discurso del desarrollo varía en gran medida dependiendo de la posición política o ideológica de la institución o actor involucrado. No obstante, como muestra Escobar (1995) en su recuento del término, el "desarrollo" tiene sus raíces en la obsesión del periodo pos-Ilustración por el "progreso", la "evolución social" el afán por la "modernidad". Después de la Segunda Guerra Mundial, la idea del desarrollo como una forma de ingeniería social, orientada a diseñar y transformar activamente a las llamadas sociedades "tradicionales" por medio de la inyección de capital, tecnología y formas de organización burocrática, se agregó al vocabulario del progreso. Esto marcó los principios del periodo de intervención estatal e internacional masiva en los "países en desarrollo". Así, la noción de desarrollo

se convirtió en sinónimo de ayuda para el desarrollo y la industria de la cooperación. Como Escobar (1995:213) puntualiza:

Desde esta perspectiva, puede describirse mejor el desarrollo como un aparato que une formas de conocimiento sobre el Tercer Mundo con el despliegue de formas de poder e intervención, resultando en el mapeo y producción de las sociedades del Tercer Mundo. El desarrollo construye al Tercer Mundo contemporáneo, silenciosamente, sin que lo notemos. Por medio de este discurso, los individuos, gobiernos y comunidades se ven como "subdesarrollados" y son tratados como tales.

Es innecesario hacer notar que la gente de Asia, África y América Latina no siempre se vio a sí misma en términos de "desarrollo". Esta visión unificadora se extendió sólo hasta el periodo de la posguerra, cuando los aparatos de producción e intervención del conocimiento occidental (como el Banco Mundial, las Naciones Unidas y las agencias de desarrollo bilaterales) fueron globalizados y establecieron su nueva economía política de verdad [...]. Para examinar el desarrollo como discurso es necesario un análisis del porqué llegaron a verse a sí mismas como subdesarrolladas, cómo el logro del "desarrollo" llegó a ser visto como un problema fundamental, y cómo fue hecho real a través del despliegue de una miríada de estrategias y programas.

Encarnadas en esta historia de intervención para el desarrollo había narrativas e imágenes poderosas que representaron el mundo de una manera particular, ofreciendo un diagnóstico de problemas y sus soluciones. Aunque el resultado general fue la gran diseminación de los ideales y la tecnología "occidentales", que produjo modos de explotación poscoloniales, también plantó las semillas de contradiscursos desde "abajo" que desafiaron los puntos de vista establecidos y promovieron "alternativas al desarrollo". Este texto de Escobar indica con claridad la existencia de tales discursos contestatarios entre los grupos subordinados, y así señala la relevancia de la interacción de discursos múltiples en cualquier contexto particular.

Es importante desenredar los discursos utilizados en las arenas específicas de contienda, en especial donde los actores rivalizan por el

control de los recursos en la persecución de las preocupaciones propias de sustento. Aquí es esencial reconocer que los discursos no están separados de la práctica social —por esto Foucault (1972, 1981) utiliza la frase “prácticas discursivas”—. Otro punto es que los discursos coexisten y se entrecruzan, pero casi nunca están completamente elaborados como argumentos abstractos. Más a menudo se reúnen las piezas de un texto discursivo en maneras innovadoras o en combinaciones extrañas en una situación específica para impulsar un punto de vista específico o disputa. De hecho, la multiplicidad y fragmentación del discurso es más evidente que una visión coherente del mundo o sistema de creencias (abordo estos asuntos en los capítulos 9 y 10 en relación con procesos de conocimiento).

Defiendo, por consiguiente, que la promoción de cualquier discurso particular depende del uso circunstancial de otros discursos. Por ejemplo, la política neoliberal, con su énfasis por “dejar al mercado hacer su trabajo”, se acompaña a menudo de discursos que enfatizan la “equidad”, la “participación” y los problemas de “marginación”. De hecho, las medidas de ajuste estructural dan lugar a su vez a las políticas de “compensación social” que aspiran a proteger a los sectores sociales más pobres y más débiles. El Banco Mundial y varios gobiernos nacionales se vieron obligados a introducir políticas de compensación social para contrarrestar la marginación y pobreza que resultaron de tales medidas.

Esto trae a colación el argumento de que los cambios en el discurso no son sólo incitados por el desafío de discursos alternativos, sino que más a menudo lo son por eventos críticos que revelan las discrepancias entre la ortodoxia existente y las circunstancias sociales reales. Escobar da el ejemplo de los nuevos movimientos sociales que ahora actúan en lo global como una vanguardia por el cambio usando contradiscursos elaborados contra las instituciones hegemónicas.

El discurso y el análisis orientado al actor

Una primera observación es que los discursos pueden “pertenecer” a instituciones como el Estado, el Banco Mundial o la comunidad local, pero son los actores (individuos o representantes institucionales) quienes los usan, los manipulan y los transforman. O quizá debemos decir

que es el encuentro o la confrontación de actores y sus ideas y valores (como los granjeros campesinos, extensionistas, científicos agrícolas, comerciantes, y los expertos internacionales en desarrollo) que perpetúan o transforman los discursos dominantes. La adopción de un enfoque del actor es, creo, una buena manera para entender estos procesos, porque pone el énfasis en la práctica social *situada* y ofrece una metodología para analizar la práctica discursiva y el desarrollo de las situaciones de interfaz (lo cual expondré en este capítulo y lo ilustraré en el 4).

Según Escobar, el poder de las representaciones dominantes del desarrollo se afianza en la manera que “la realidad del tercer mundo es inscrita con precisión y persistencia por los discursos y prácticas de economistas, planificadores, nutricionistas, demógrafos y otros, lo cual hace difícil para las personas definir sus intereses en sus términos, en muchos casos incluso imposibilitando que lo hagan” (Escobar, 1995:216). No obstante, hay evidencia amplia de que, respecto a temas específicos como la sustentabilidad, derechos humanos y contaminación, muchos grupos (locales y globales) rechazan los puntos de vista de los expertos y al hacerlo crean un nuevo espacio discursivo y político. El análisis orientado al actor es en especial apropiado para desenredar las complejidades de estos forcejeos.

Mundos de vida, modos de sustento y prácticas organizadoras

La acción social situada implica, entonces, ambas cuestiones: la práctica social y el significado. Una manera de aprehender este problema es recurrir la postura fenomenológica de Schutz, quien dice que una comprensión de la vida social debe centrarse en la noción de mundos de vida. “Mundos de vida” (*lifeworlds*) es el término que usa Schutz (1962) para plasmar el “vivido” y “dado-por-sentado” del actor social. Trae consigo la acción práctica influenciada por un trasfondo de intencionalidad y valores, y en consecuencia es en esencia definido por el actor (véase en Schutz y Luckmann, 1973, una explicación más completa).⁴ La vida cotidiana es experimentada como alguna clase de

⁴ Al formular el concepto de “mundo de vida” (*lifeworld*) enfatizo los procesos por los cuales los individuos construyen activamente o reconfiguran sus mundos de

realidad ordenada, compartida con otros (es decir, lo intersubjetivo). Este "orden" aparece tanto en las maneras en que las personas manejan sus relaciones sociales como en sus formas de problematizar sus situaciones. Incluso una conversación breve con un individuo revela rápidamente algunos aspectos de su red significativa de relaciones sociales y al mismo tiempo se vislumbran los andamios personales con que categoriza, codifica, ordena, sistematiza y otorga significado a sus experiencias (pasadas y presentes).

La acción interindividual abarca tanto relaciones cara a cara como otras más distantes. Los tipos de relaciones sociales van desde vínculos interpersonales basados en lazos diádicos (como las relaciones patrón-cliente y el involucramiento en varios tipos de transacciones, tales como comprador-vendedor, prestamista-productor, cliente-especialista en rituales, granjero-extensionista, etcétera), hasta redes de intercambio y sociales, grupos formales y organizaciones (como las organizaciones de granjeros, cooperativas, consejos del pueblo, iglesias, etcétera) donde las prescripciones legales, la legitimidad burocrática y la autoridad, y los criterios de membresía cobran mayor importancia.

En el centro de la idea de redes interindividuales está el concepto de "sustento" (*livelihood*). El concepto expresa la idea de individuos y grupos que se esfuerzan por ganarse la vida, intentando satisfacer sus varias necesidades de consumo y económicas, enfrentando incertidumbres, respondiendo a nuevas oportunidades y eligiendo entre diferentes posiciones de valor.⁵ El estudio de "modos de sustento" también implica identificar las unidades sociales pertinentes y los campos de actividad. No se debe prejuzgar, como lo hacen tantos estudios, al partir de los puntos de anclaje más convencionales para analizar la vida económica

vida. Esto contrasta con el concepto formulado por Habermas, quien ve los mundos de vida como "los telones de fondo culturales para la acción comunicativa".

⁵ Durante los últimos años, el Departamento del Gobierno para el Desarrollo Internacional del Reino Unido (DFID) ha reorientado su programa de ayuda en torno al problema de la sustentabilidad. Una apreciación global útil de los orígenes, estructura conceptual e implicaciones de la política de este enfoque de sustento es proporcionado por Ashley y Carney (1999). La estructura desarrollada por DFID le debe mucho a una red de investigadores del Reino Unido, pero sobre todo al trabajo de Ian Scoones (1998) y otros investigadores en el Instituto de Estudios del Desarrollo (IDS). Contribuciones recientes han combinado la discusión de "modos de vida sustentables" con la especificación de cinco tipos de activos de capital (humano, natural, financiero, social y físico).

como "el hogar", "comunidad local", "sector de la producción" o "las cadenas mercantiles". De hecho, en muchas situaciones las confederaciones de hogares y las redes interpersonales de gran alcance abarcan una amplia variedad de actividades y contextos entrecruzados rurales y urbanos, así como fronteras nacionales, constituyen el tejido social en que los modos de sustento y los flujos mercantiles se entrelazan. Además, necesitamos tomar en cuenta las dimensiones normativas y culturales de modos de sustento; es decir, necesitamos examinar los estilos de vida y los factores que los influyen.

Al respecto, Sandra Wallman (1982:5), en sus estudios de hogares en Wandsworth, Londres, hace una contribución interesante:

Livelihood (el sustento) nunca es sólo una cuestión de encontrar o hacer albergues, intercambiar dinero, poner comida en la mesa o intercambiar en el mercado. Es igualmente una cuestión de propiedad y circulación de información, manejo de habilidades y relaciones, y la afirmación de la importancia personal [que involucra asuntos de autoestima] e identidad de grupo. Las tareas de cumplir con las obligaciones de seguridad, identidad y estatus y organización del tiempo son tan cruciales en el modo de ganarse la vida como el pan y el resguardo.

Wallman no se enfoca sólo en los recursos materiales o económicos, sino también en dimensiones menos tangibles que incluyen percepciones, habilidades, formas simbólicas y estrategias organizativas. Así, Wallman agrega a las tres categorías convencionales —recursos materiales, trabajo y capital— tres elementos críticos adicionales: "tiempo", "información" e "identidad". El énfasis en el último resalta en un elemento importante, frecuentemente omitido: los procesos de construcción de identidad inherentes a la persecución de los modos de sustento. Esto en especial es relevante en virtud de que las estrategias de sustento traen consigo la construcción de relaciones con otros cuyos mundos de vida y estatus pueden diferir notablemente.

La noción de "sustento" implica, por consiguiente, más que ganarse la vida (es decir, las estrategias económicas a nivel del hogar o entre los hogares). Abarca las maneras y estilos de vida/vivir y, por lo tanto, también involucra optar entre distintos valores, asumir un estatus y un sentido de identidad *vis à vis* otras personas. Implica tanto una

pauta armónica de relaciones existentes entre un número delimitado de personas para resolver problemas de sustento o proseguir ciertos tipos de sustentos, así como procesos diacrónicos. Estos últimos cubren las trayectorias de sustento de actores durante sus cursos de vida, los tipos de opciones que identifican y toman y los giros que hacen entre las opciones de sustento (véase Pearce, 1970).

Los modos de sustento se construyen tanto de manera individual como colectiva, y representan pautas de interdependencias entre las necesidades, intereses y valores de individuos o grupos. El análisis de los tipos de interdependencia existentes ha llevado, por ejemplo, al reconocimiento de lo que Gavin Smith (1984) llama "las confederaciones de hogares", que consiste en vínculos que conforman redes entre un número de hogares, generalmente dispersos geográficamente. Dichos vínculos se mantienen con base en patrones de intercambios y complementariedades de sustento. Estas confederaciones pueden evidenciar redes de relaciones sociales coordinadas o centralizadas (o ambas); y es probable que debido a la divergencia de intereses y actividades cambien con el tiempo. Algunas se descompondrán y reagruparán, y nuevas membresías y configuraciones surgirán (véase en el capítulo 7 de este libro un ejemplo de ello en Perú).

La configuración de las redes

Empezar a analizar las situaciones problemáticas de sustento de los actores conduce a considerar las maneras en que desarrollan estrategias sociales para enfrentarlas. Estas prácticas situadas involucran el manejo y la coordinación de conjuntos de relaciones sociales que llevan consigo varias expectativas normativas y compromisos, así como el despliegue de tecnologías, recursos, discursos y textos en forma de documentos que asimismo incluyen conjuntos más amplios de significados y relaciones sociales.⁶

Las redes sociales están compuestas de conjuntos de intercambios y relaciones directos e indirectos. Los nodos en una red pueden ser

⁶ Así, como argumentan Latour (1987) y Appadurai (1986) —aunque desde diferentes puntos de vista teóricos— una sociología de la acción social, también necesita una sociología y una epistemología de las cosas (véase también Miller, 1987).

individuos o grupos organizados, por ejemplo, empresas familiares o de negocio. Sus características morfológicas se relacionan con el contenido y la estructura; es decir, las relaciones individuales pueden perfilarse en términos de contenidos normativos y frecuencia de la interacción que influyen intercambios específicos, mientras que la configuración global de eslabones puede caracterizarse en términos de su alcance, densidad y agrupación. Las redes evolucionan y se transforman con el tiempo, y los diferentes tipos de redes son cruciales para concretar fines particulares y comprometerse en ciertas formas de acción. Por ejemplo, las redes de información y movilización de recursos son más eficaces cuando están abiertas y abarcan un amplio universo de opciones; mientras que las redes requeridas para la realización de acciones colectivas específicas (como hacer huelgas, demostraciones, y mantener las terrazas o el trabajo de irrigación) con frecuencia están muy vinculadas a altos niveles de intereses compartidos y normas de práctica convenidas. Otro punto importante es que, aunque muchos textos que versan sobre las redes sociales plasman las redes como hechas de conjuntos de relaciones relativamente equilibradas y densas basados en principios de reciprocidad; de hecho, la mayoría de las redes sociales están compuestas de conjuntos de relaciones desiguales y parciales que tienden hacia modelos de centralización y jerarquía.

El análisis de grupos constituidos formalmente o de organizaciones reconocidas legalmente suscita cuestiones acerca de las estructuras institucionales, las jerarquías de autoridad y los mecanismos de control y regulación. Todos los escenarios sociales involucran un rango diverso de formas institucionales. Mientras que gran parte del análisis de las organizaciones se enfoca en las reglas formales y los procedimientos administrativos, resaltando, por ejemplo, las maneras en que las normas y las regulaciones del gobierno, compañías privadas y agencias de desarrollo influyen los trabajos de las organizaciones, una perspectiva del actor se concentra en delinear las prácticas organizadoras y de simbolización cotidianas de los actores y el entrelazamiento de sus proyectos. Esto refleja un interés en las formas emergentes de interacción, estrategias prácticas y tipos de discurso y construcción cultural, más que en los modelos administrativos y las construcciones ideal-típicas.

Al analizar diferentes tipos de arreglos sociales dentro de organizaciones es útil identificar ciertos principios ordenadores (véase Law,

1994). De acuerdo con John Law, los principios ordenadores se construyen sobre los intereses estratégicos y representaciones de sí y del otro. Ellos no deben verse como marcos institucionales fijos o criterios normativos, sino como modos interpretativos flexibles o desafiables que dan algún orden al flujo de la vida social. Tales principios ordenadores a menudo están encarnados en redes que entrecruzan diferentes dominios, tales como las borrosas fronteras administrativas cuasi-generales de organizaciones formales. También pueden proveer una *raison d'être* a las maneras en que empresas o asociaciones en competencia se interrelacionan dentro de un campo organizativo dado.

La cuestión de los actores "colectivos"

En ciertos puntos de la exposición anterior he indicado la importancia de actores, recursos y símbolos colectivos. Ahora es tiempo de poner claro el término "colectivo" en tres connotaciones distintas, cada una pertinente a la comprensión de la práctica social.

La primera de ellas es la de una coalición de actores que, por lo menos en un momento dado, comparten alguna definición de una situación, o metas similares, intereses o valores, y que acuerdan, tácita o explícitamente, perseguir ciertos cursos de acción social. Tal actor social o entidad (por ejemplo, las redes de actores o alguna empresa) puede ser atribuido de un modo significativo al poder de agencia; esto es la capacidad de ordenar y sistematizar la experiencia, tomar decisiones y actuar en consecuencia. Los actores colectivos de este tipo pueden ser constituidos de manera informal o formal y organizados de modo espontáneo o estratégico. Lo que es más, como Adams (1975) ha argüido, tales unidades operantes en general caen en una de dos formas contrastantes: las que se caracterizan por un patrón de relaciones *coordinadas* versus aquellas que son más bien *centralizadas*. En la primera no hay ninguna figura central de autoridad, ya que los individuos se conceden derechos recíprocos, mientras que mantiene la prerrogativa de retirarse de las relaciones de intercambio particulares cuando quieran. Aquí las redes son en general simétricas en su forma, pero a menudo tienen fronteras ambiguas y cambiantes. Por otra parte, en el caso centralizado hay desequilibrios en los intercambios, diferencias en el acceso a los recursos estratégicos y a cierto grado

de control centralizado y toma de decisiones ejercida por un cuerpo autoritario o personas (y a veces respaldado por "altas" autoridades), quienes dicen representar a la colectividad en sus tratos con actores externos.

El segundo sentido de actor colectivo (o más bien el *collectif*) es de un ensamble de elementos humanos, sociales, materiales, tecnológicos y textuales que constituyen lo que Latour (1994) y Callon y Law (1995) designan una "red-actor" heterogénea. Este uso pretende disolver la distinción de "sentido común" entre "cosas" y "gente", argumentando que la acción con un fin determinado y la intencionalidad no son propiedades de objetos, pero tampoco son propiedades de actores humanos. Más bien son propiedades de instituciones, de *collectifs* (Verschoor, 1997:27). Es decir, son efectos emergentes, generados por la interacción de numerosos componentes humanos y no humanos, no por un grupo de individuos que deciden unirse para emprender algún esfuerzo común. Por ello, intentar definir la acción social colectiva sin reconocer el papel constitutivo desempeñado por materiales, textos y tecnologías tiene corto alcance analítico porque se supone que los arreglos sociales colectivos son sólo el resultado agregado de las agencias eficaces y los intereses de los individuos participantes. El mérito de esta segunda interpretación del actor colectivo, entonces, es doble: enfatiza la heterogeneidad de la construcción de las prácticas organizadoras fundada en las estrategias del enrolamiento, y advierte contra las interpretaciones individualistas y reduccionistas de las formas colectivas.

La tercera connotación de actor colectivo reconoce que la vida social está repleta de imágenes, representaciones y categorizaciones de las cosas, la gente y las instituciones que son asumidas o perfiladas como si constituyeran de algún modo un todo unitario. Por ejemplo, entidades como el Estado, el mercado y la comunidad a menudo son dotadas con modos generalizados (o colectivos) de agencia, y en este sentido, influyen en las orientaciones y acciones de los actores. Pero en el análisis sería equivocado adoptar las representaciones de actores particulares de estas entidades institucionales como el marco primario para analizar sus interacciones con estos "otros" colectivos. La razón principal de ello es que las representaciones y las categorizaciones están arraigadas en el pragmatismo y la semiótica de la vida cotidiana desde los cuales adquieren su significación social y, por consiguiente,

no deben ser desconectadas de la práctica social. De hecho, una gran ventaja del análisis orientado al actor es que aspira a problematizar tales concepciones e interpretaciones por medio de un estudio etnográfico de la forma en que los actores específicos lidian con las situaciones problemáticas que encuentran.

Los tres tipos de actores colectivos —a pesar de las probables objeciones y reservas epistemológicas de Latour— tienen un lugar en un análisis orientado al actor social.

Campos sociales, dominios y arenas

Hasta aquí he tendido a centrar la discusión en los procesos autoorganizadores, enfatizando con ello las maneras en que se construyen los arreglos sociales mediante el entrelazamiento de las estrategias e interpretaciones del actor. Pero ahora necesitamos cambiar la perspectiva para considerar los procesos por los cuales las acciones, deseos y decisiones se enmarcan o contienen en campos más amplios de acción. Es decir, resulta necesario desarrollar conceptos para tratar los procesos constrictores y habilitadores de similitud y diferencia social.

En lugar de adoptar una postura que identifica ciertos órdenes institucionales que conforme la norma enmarcan áreas diferentes de la vida social y que pone demasiado énfasis en la consistencia normativa y las relaciones hegemónicas entre estratos sociales diferentes, propongo desplegar los conceptos de “campos”, “dominios” y “arenas” sociales. Los tres conceptos enfatizan la cuestión de la ligadura de espacios sociales, y cómo ellos se constituyen o transforman.

La noción de “campo social” evoca un cuadro de espacio abierto: un paisaje irregular con límites mal definidos, compuesto de distribuciones de elementos diferentes —recursos, información, capacidades tecnológicas, fragmentos de discurso, componentes institucionales, individuos, grupos y estructuras físicas— y donde ningún principio individual enmarca la escena entera. Cualquiera que sea la configuración de elementos y relaciones que constituya el campo, éstos son producto de intervenciones humanas y no humanas, tanto locales como globales, así como el resultado de procesos tanto cooperativos como competitivos. Dependiendo del enfoque analítico, la composición de un campo social puede representar en términos de patrones distributivos

de recursos naturales, tipos de producción y empresa económica, demografía, instituciones político-administrativas, flujos de transporte y comunicación, mercados, rasgos infraestructurales y agrupaciones culturales y étnicas, etcétera, y ser especificado en referencia a los conjuntos de intereses y actividades características del campo (por ejemplo, asuntos políticos, educativos, medioambientales o agrícolas). También se podría describir un campo social en términos de la coherencia relativa o fragmentación de sus elementos.

La idea del campo social apareció primero en los textos iniciales de la Escuela de Manchester (véase Barnes, 1954; y Epstein, 1958), donde el énfasis fue puesto en los complejos conjuntos de relaciones sociales traslapadas entre las distintas áreas de la vida social; después, en mi estudio sobre Zambia (Long, 1968:9) sostengo que “la idea de un *campo* de actividad es mucho más amplia de lo que normalmente describimos como una *estructura* económica o política en tanto que no sólo se refiere a aquellos arreglos institucionales diseñados específicamente para lograr ciertos fines económicos o políticos, sino también toma en cuenta otros tipos de relaciones y valores que pueden utilizarse para el mismo propósito”. En otras palabras, el concepto señala el carácter heterogéneo de la acción social que resulta de la intersección de dominios sociales diferentes.

El impresionante intento de Bourdieu (1977) y Bourdieu y Wacquant (1992:94-115) por establecer una teoría de la práctica social también se basa en la noción de campo social, pero su formulación adopta una perspectiva más estructural respecto a la que yo propongo. A lo largo de su argumentación, él utiliza la analogía del “juego” (como una actividad deportiva que tiene lugar en un estadio, con cobro de la entrada, etcétera, véase Bourdieu y Wacquant, 1992:98-100, 107-108) con su lógica, reglas y regularidades, y acentúa la importancia de las posiciones sociales dentro del campo y la necesidad de ciertas propiedades de “capital” (económico, social, cultural, simbólico) para competir con éxito por los premios del campo. Desde aquí, para Bourdieu, la noción de campo es un concepto central organizador del análisis de poder y estatus, y para establecer la distribución de las formas de capital materiales y simbólicas.

En contraste, yo defiendo la elaboración de dos conceptos adicionales: “el dominio social” y “la arena”. Mientras el campo social fija el escenario en términos de la disponibilidad y distribución de recursos

específicos, tecnologías, instituciones, discursos, valores y aliados o enemigos sociales potenciales, las nociones de dominio y arena son las que permiten el análisis de los procesos de ordenamiento, regulación y disputa de valores sociales, relaciones, utilización de recursos, autoridad y poder. La composición y descomposición de campos sociales particulares depende del uso estratégico y las interconexiones entre los dominios sociales diferentes. También requiere un análisis cuidadoso de la dinámica de arenas sociales en que las pugnas por los recursos y significados se efectúan de un modo explícito.

Aquí uso el concepto de "dominio"⁷ para identificar áreas de la vida social que están organizadas por referencia a un núcleo central o racimo de valores que, aun cuando no son percibidos con exactitud de la misma manera por todos los involucrados, son sin embargo reconocidos como un sitio de ciertas reglas, normas y valores que implican un grado de compromiso social (Villarreal, 1994:58-65). Los ejemplos incluyen los dominios de familia, mercado, Estado, comunidad, producción y consumo, aunque, dependiendo de la situación, dominios particulares diferirán en su prominencia, penetración o significancia social. De esta manera, los dominios son centrales para entender cómo operan los ordenamientos sociales, y para analizar cómo se crean y defienden las fronteras sociales y simbólicas. Los valores e intereses asociados con dominios particulares son en especial visibles y definidos en los puntos donde los dominios chocan entre sí o entran en conflicto. En virtud de ello, los dominios junto con la noción de arena —y cómo ellos se delimitan— nos proporcionan un asidero analítico de los tipos de elementos constrictivos y habilitadores que forman las opciones y el espacio de maniobra de los actores. No deben conceptuarse los dominios *a priori* como algo dado culturalmente, sino como producidos y transformados mediante las experiencias compartidas y los forcejeos que tienen lugar entre actores de índoles o condiciones varias. Como la noción de "fronteras simbólicas" enunciada por Cohen (1987:16), para las personas los dominios representan algunos valores compar-

⁷ El grado de abstracción con que uso el término "dominio social" difiere notablemente del de Layder (1997:1-28), quien propuso una "teoría de dominios sociales". Los dominios sociales identificados por él son psicobiografías, actividades situadas, escenas sociales y recursos contextuales. En mi opinión, éstos son demasiado generales y carecen de la especificación necesaria para ser útil en los propósitos analíticos.

tidos que "los absuelve de la necesidad de darse explicaciones entre sí —los deja libres de asociar sus propios significados".

"Arenas" son situaciones sociales en que tienen lugar las contiendas sobre asuntos, recursos, valores y representaciones (cf. Olivier de Sardan, 1995:178-179). Es decir, son sitios sociales y espaciales en que los actores se confrontan entre sí, movilizan relaciones sociales y despliegan medios culturales discursivos y otros medios culturales para el logro de fines específicos, incluyendo quizá sólo permanecer en el juego. En el proceso, los actores pueden recurrir a valores asociados a dominios particulares para apoyar sus intereses, objetivos y disposiciones. Las arenas son, por lo tanto, espacios en los cuales tienen lugar las contiendas entre diferentes prácticas y valores. Las arenas pueden involucrar uno o más dominios. En ellas se buscan resolver discrepancias en las interpretaciones de valor e incompatibilidades entre los intereses de los actores.

El concepto de arena es especialmente importante para identificar a los actores y documentar los temas, recursos y discursos implicados en situaciones particulares de discordancia o disputa. Mientras que la idea de arena tiene una afinidad con la de "forum", la última acarrea la implicación que las reglas del debate son, en cierto sentido, acordadas de antemano, en tanto que las contiendas en una arena con frecuencia denotan discontinuidades de valores, normas y prácticas. La arena es una noción en especial útil para analizar proyectos de desarrollo y programas, ya que los procesos de intervención consisten en un complicado conjunto de arenas de forcejeo entrelazadas, cada una caracterizada por específicas constricciones y posibilidades de maniobra (véase Elwert y Bierschenk, 1988).

En tanto que en el habla común la palabra arena evoca la imagen de una lucha o forcejeo que tienen lugar en alguna escena local demarcada con claridad, nosotros no debemos asumir que las arenas necesariamente involucran confrontaciones cara a cara y sólo intereses, valores y competencias locales. Al contrario, actores, contextos y marcos institucionales externos y geográficamente distantes, configuran los procesos sociales, estrategias y acciones que tienen lugar en estos escenarios localizados. Además, las situaciones locales, forcejeos o redes a menudo se extienden o proyectan espacial y temporalmente para conectarse con otros mundos sociales distantes. De hecho, muy pocas arenas sociales están autocontenidas o separadas de otras are-

nas y áreas de la vida social. El impacto de la comunicación moderna y las tecnologías de información ha sido crucial aquí, ya que éstas permiten interacciones más espontáneas, mediadas por la tecnología de proporciones globales, lo cual subraya la importancia de efectuar un análisis de arenas entrelazadas más allá de las concepciones de espacio social territorial basadas en dicotomías como lo rural-urbano, centro-periferia, y órdenes nacionales-internacionales.

Del drama social al análisis del evento crítico

En la década de los 50, Víctor Turner introdujo el concepto "drama social" para describir situaciones sociales en que la ruptura de un conjunto existente de relaciones sociales o brecha de normas ocasiona esfuerzos por reparar el daño y restaurar el orden social o instituir algunos arreglos sociales nuevos, negociados. Turner expone gráficamente cómo, al enfocarse en los dramas sociales, se intenta hacer transparentes "los principios cruciales de la estructura social en su funcionamiento, y su dominación relativa en puntos sucesivos de tiempo" (Turner 1957:93). Esto, dice, permite analizar las reordenaciones en las relaciones de poder que se producen tras los forcejeos que tienen lugar entre los individuos y grupos específicos (Turner, 1957:131). Él documenta las relaciones continuadas y los intereses situacionales de quienes de manera directa forman parte del conflicto y su modo de resolución. De esta manera, su estudio se limita a asuntos localizados con respecto a las contiendas sobre liderazgo local, y poco examina las implicaciones políticas y culturales más amplias.

Los dramas sociales que son más complejos en escala y ramificaciones pueden ser vistos desde una perspectiva similar, aunque necesitaremos ir más allá del enfoque del análisis situacional.⁸ Por ejemplo, esto es evidente cuando intentamos analizar dramas sociales como el levantamiento zapatista en Chiapas, al sur de México, en 1994, y sus consecuencias, cuando la tecnología de información como el correo

⁸ En justicia a Turner, debemos hacer notar que él aplica un planteamiento de alcance más amplio e histórico en el análisis de dramas sociales en sus estudios posteriores de movimientos políticos y religiosos (véase Turner, 1974; también, Moore, 1986).

electrónico y el skylink fueron usados para propagar los puntos de vista de los zapatistas para ganar amplio apoyo nacional e internacional e influir en las negociaciones entre los líderes zapatistas y los portavoces del gobierno. Este evento también generó una serie de dramas que involucraban forcejeos en otros sectores sociales de la población mexicana en torno a una mejor representación política, o que pretendían oponerse a los efectos perjudiciales de las políticas neoliberales.⁹ El uso de la internet une a muchos actores espacialmente dispersos, quienes quizá nunca se encontrarán cara a cara, pero que constituyen "comunidades virtuales" que de forma bien distinguible ejercen influencia sobre sus miembros y desempeñan un creciente papel crucial en la definición, representación y simbolización de dramas complejos o eventos críticos. Los corresponsales de los noticieros internacionales que llegaron a Chiapas y su red de colegas, mediante conexiones de satélite portátiles en todo el mundo, desempeñaron un papel importante en la manera en que se perfiló el conflicto, y desarrollaron tácticas para mantener la historia en las páginas frontales. Un caso intrigante de esto fue la moda que hizo erupción por la parafernalia zapatista: los periodistas escribieron sobre la aparición de los muñecos zapatistas, y los bolígrafos, camisetas y otros recuerdos. Y se dice que fue el corresponsal del diario español *La Vanguardia* quien sugirió a una indígena vendedora ambulante de muñecas vestidas al modo tradicional que produjera las muñecas vestidas como zapatistas. ¡Dos días después la vendedora ambulante volvió con la nueva mercancía: muñecas con el atuendo completo, incluyendo los pasamontañas negros de los guerrilleros zapatistas! (Oppenheimer, 1996:29-30). Después, pronto el uso del pasamontañas negro cobró una amplia importancia cómica-política en todo México como un símbolo general y tácito de protesta contra el gobierno.

Otro evento crítico ilustrativo es la explosión de la planta química de la Union Carbide en Bhopal, India, en 1984, que afectó a muchos miles de personas que no tenían nada que ver de modo directo con la industria o con dicha compañía, y que no recibieron ninguno de los

⁹ El levantamiento fue cronometrado para coincidir con la inauguración del Acuerdo de Libre Comercio norteamericano (TLC) entre Estados Unidos y México, el cual fue pivote del nuevo paquete de medidas neoliberales introducidas por el gobierno de Carlos Salinas de Gortari.

beneficios de la industria. La explosión y lo que siguió en el corto y el largo plazos movilizó a una gama de actores —abarcando las arenas locales, nacionales e internacionales— en torno a varios asuntos morales, humanitarios, legales y políticos. Así, se siguieron airados debates y negociaciones difíciles sobre los derechos de la fuerza de trabajo local, los niveles de impacto medioambiental, las normas del control de calidad, la libertad de las trasnacionales para burlar los acuerdos nacionales e internacionales, la asignación de culpabilidad y responsabilidad, los derechos y niveles de compensación para los obreros afectados, pueblo y residentes del pueblo, y así sucesivamente. Las ramificaciones políticas y morales fueron enormes dado que, el Estado de India, gobierno regional, cuerpos internacionales, Union Carbide y la misma profesión legal fueron puestos “en el banquillo de los acusados”.

En un análisis perceptivo del desastre en Bhopal, Veena Das (1995) destaca la interacción dinámica de discursos e imágenes burocráticos, científicos y judiciales alrededor de la simbolización del dolor, victimización, curación y compensación. Argumenta que este tipo de drama social puede ser considerado un “evento crítico” porque la gente fue confrontada seriamente con las limitaciones de las instituciones existentes y las prácticas disponibles para hacer frente a los muchos problemas que surgieron en Bhopal. Tales eventos a menudo son el resultado de fallas institucionales, impotencia administrativa y una falta de voluntad política para manejar situaciones problemáticas o críticas, sean el hambre, degradación ecológica, riesgos de la tecnología moderna, o conflictos étnicos derivados de la descomposición del orden estatal y civil.

Proyectos entrelazados y el concepto de “estructura”

Estos varios procesos sociales y organizacionales funcionan como un nexo de relaciones y representaciones micro y macro. Involucran a menudo el desarrollo de proyectos entrelazados, mundos de vida y circunstancias que dan lugar a situaciones en que estrategias autorreflexivas se aglutinan para producir un grado de acomodamiento entre los actores involucrados. Los proyectos entrelazados son, por consiguiente, cruciales para entender la articulación y manejo de los

intereses del actor y mundos de vida, así como para la resolución de conflictos. Es decir, constituyen un campo “nuevo” o “reestablecido” de habilitación, constricciones y sanciones mutuas, dentro del cual nuevas encarnaciones de agencia y acción social toman forma (véase una exposición amplia del concepto de proyectos entrelazados y prácticas en Long y Van der Ploeg, 1994 y 1995).

Los proyectos de los actores se llevan a cabo dentro de arenas específicas y campos de acción. Cada proyecto está articulado con los proyectos, intereses y perspectivas de otros actores. Esta articulación puede ser considerada estratégica —consciente o no— en que los actores involucrados intentarán anticipar las reacciones y las posibles movidas de los otros actores y organizaciones. El establecimiento de coaliciones y el distanciamiento de actores particulares *vis à vis* otros es una parte intrínseca de tal acción. Por ejemplo, las varias arenas en que se defienden los intereses de los agricultores contienen lo que Benvenuti (1991) llama “cuasiestructuras”, como, por ejemplo, una cadena regulada desde un centro de relaciones de mercado o redes particulares de agencias estatales que es comandada con autoritarismo y con poder de asignación. La cuestión es, sin embargo, que estas “estructuras”, como a menudo se les llama, no son entidades incorpóreas, ni tienen un efecto unilineal de estructuración uniforme en la práctica social o en las opciones de los actores. Éstas ligan, en torno a una racionalidad común o conjunto de intereses, a un número de actores sociales participantes.

En las ciencias sociales hay una fuerte tendencia a igualar la noción de estructura con la de *explanans*, de tal manera que las estructuras son conceptuadas como conjuntos específicos de fuerzas impulsoras que, se postula, explican ciertos fenómenos. Tal procedimiento está justificado al proponer alguna noción genérica de cosas o conjunto de “condiciones normales” que se supone existen en algún lado. Por razones expuestas con claridad en el capítulo I, esta suposición es básicamente inadecuada, aún más en tiempos de tumulto y cambio. Lo que se requiere es una deconstrucción completa de la noción de estructura. Esto implica construir en las nociones de agencia (es decir, actores y sus proyectos) y en la heterogeneidad social, y decirle adiós a la estructura entendida como *explanans*. Esto es urgente en especial donde la “estructura” se percibe como un conjunto de fuerzas externas o condiciones que delinear y regulan modos específicos de acción,

pensados como requisitos o como necesarios, mientras otros modos se definen como imposibles en lugar de improbables (es aquí donde el determinismo está arraigado). Lo mismo se aplica a enfoques históricos que buscan simples explicaciones causales/estructurales situadas en el pasado. La historia nunca se relaciona de una manera unilineal o uniforme con el presente y el futuro. Como Kosik (1976) ha dejado en claro, su relación es por esencia dialéctica, e involucra elementos de lo posible y de lo real. Esto es, la historia siempre contiene más de una posibilidad en que el presente es la realización de sólo una de éstas; y lo mismo se sostiene acerca de las interrelaciones entre el presente y el futuro. Lo que es decisivo para Kosik es la praxis o, en mis términos, el proceso por el cual los proyectos y prácticas de los actores se entrelazan e interactúan para producir formas o propiedades emergentes. En el proceso se excluyen ciertas posibilidades y otras son concretadas o realizadas.

Un argumento contra la metodología orientada al actor es que ésta enfatiza la agencia individual, por lo que descuida la importancia de la manera en que las acciones están incluidas en relaciones sociales más amplias y escenas estructurales. Es claro que ésta no es mi posición. Lo que objeto es la noción de estructura como *explanans*, que resulta una reificación de tendencias centrales normativas o estadísticas. En cuanto se introduce la heterogeneidad en el análisis, este tipo de estructuralismo no proporciona una explicación suficiente. Por otro lado, es necesario enfatizar que esta crítica no intenta desechar del todo la noción de estructura, ya que la pregunta de cómo se construyen, se reproducen y se transforman las relaciones sociales específicas permanece en el centro del análisis. En términos más sustantivos, la estructura puede caracterizarse como un conjunto en sumo grado fluido de propiedades emergentes que, por una parte, son un producto del enlace y/o el distanciamiento de los varios proyectos de los actores, mientras que, por la otra, constituyen un conjunto importante de puntos de referencia y posibilidades constrictoras/habilitadoras que abonan la elaboración, negociación y confrontación de los proyectos de los actores.

Entender la estructura de esta manera —como un producto de la continua interacción y transformación recíproca de los proyectos de los actores— no implica que la estructura deba conceptuarse con simpleza como la agregación de microepisodios, situaciones o proyectos. No tendría sentido defender, por ejemplo, que el funcionamiento de los

mercados de un producto o las instituciones económicas capitalistas en general pudieran describirse de un modo significativo o representadas sólo por la observación de la conducta de compradores y vendedores individuales, o tomar con individualidad a los capitalistas y financieros internacionales. Marx acentúa de un modo correcto la existencia de ciertas condiciones estructurales que posibilitan los procesos de producción capitalista e intercambio. Sin embargo, también carecería de sentido afirmar que el funcionamiento de tales mercados mercantiles e instituciones está basado en una lógica o conjunto de principios gobernantes independientes de las disposiciones y agencia de los actores involucrados. De hecho, sólo mediante el enlace de proyectos de actores específicos (por ejemplo, sus acuerdos simultáneos para comprar y vender bienes específicos, capitales de reserva o servicios) los mercados mercantiles como tales pueden surgir y reproducirse. Por lo tanto, lo que a primera vista podrían parecer rasgos estructurales relativamente estables vinculados a las características de mercancías particulares y su mercado potencial, pueden ser mejor entendidos como una configuración de proyectos y prácticas del actor en sumo grado específica y autotransformante.

Los proyectos y las prácticas de los actores no están simplemente enclavados dentro de marcos estructurales definidos por circuitos de mercancía, sino que es mediante las maneras en que se entrelazan como ellos crean, reproducen y transforman estructuras particulares. Las relaciones del mercado son por lo menos mediadas, sino son con actividad buscadas y construidas por los actores mismos. Algunos granjeros distancian activamente su trabajo del mercado, otros se comprometen en lo que Ranger (1985) ha denominado "automercantilismo", es decir, los llamados eslabones causales son construidos con actividad de tal manera que a la gente le permite enlazarlos en sus estilos de vida preferidos o prioridades de sustento. Así la explicación de prácticas sociales específicas y estilos culturales inevitablemente nos remite de nuevo a considerar cómo estas prácticas están en sí mismas ligadas o distanciadas de las de otros actores. La práctica social, entonces, no tiene un *explanandum* discernible con claridad, ni en sí mismo constituye un *explanans* simple. En agricultura, por lo menos, se funden los dos: un estilo de cultivar es, al final, su propio *explanans*. Este es un *modus operandi* socialmente construido y, a la vez, el *opus operatum*. Y lo mismo se sostiene en el caso de los di-

seños tecnológicos e institucionales. La tecnología introducida puede ser considerada y, por lo tanto, tratada como un cianotipo de una continua reorganización de la agricultura, de tal manera que lo último corresponde a los supuestos y a los requisitos incorporados en el plan tecnológico. Pero también puede ser deconstruida para ser combinada de modo selectivo con otros elementos más locales, de tal forma que encaje bien en un estilo dado de cultivar (en lugar de reorganizar la agricultura para encajar bien en la nueva tecnología).

Aquí se debe recalcar que la exposición anterior no debe servir para suponer que los mercados, instituciones estatales, tecnología, ecología y otras "externalidades" son irrelevantes para la práctica social y la heterogeneidad. El asunto es sólo que tales factores no deben considerarse determinantes que traen consigo límites evidenciados por sí mismos después de los cuales la acción se juzga inconcebible, sino como marcadores limítrofes que llegan a ser los blancos para la negociación, reconsideración, sabotaje y cambio. Es decir, como las barreras que serán quitadas o transformadas (Baudieu, 1984:480). Una complicación mayor está en el hecho de que el desarrollo de la empresa campesina es cada vez más el objeto de intervenciones que aspiran a representar estos parámetros externos como si de verdad fueran incuestionables. Es decir, ellos son objetivados y representados como estructuras que guían, si no es que coercen, que forman parte del juego y que están ligadas (de manera directa o indirecta) a intereses y acciones específicos. En este contexto, los llamados eslabones causales son ellos mismos construidos con actividad por los actores mismos para constituir las configuraciones entrelazadas.

Los escenarios de interacción en pequeña escala y su importancia para entender fenómenos macro

Permítame ahora considerar de modo más expreso el problema de cómo integrar de manera teórica los escenarios interactivos de pequeña escala con estructuras institucionales o sociales mayores. Como el problema de estructura y causalidad revisado antes, éste sigue siendo espinoso en la investigación; y se han propuesto varias soluciones (véase una apreciación global excelente de teoría y metodología de lo micro y lo macro en Knorr-Cetina y Cicourel, 1981). Una solución radical es

propuesta por Randall Collins (1981), quien defiende la reconstitución de la macro-sociología con base en sus fundamentos a nivel micro. Según él, lo que se necesita es un programa sistemático de "micro traducción" de los principales conceptos de la sociología de lo macro. Esto trae consigo el "desempaquetamiento" de las metáforas sociológicas macro; por ejemplo, la noción de "centralización de la autoridad" puede reducirse a: a) una serie de afirmaciones sobre situaciones micro en que ciertos actores ejercen autoridad sobre otros, y b) una descripción de "los eslabones en la cadena de comando", es decir, un relato de quién pasa los órdenes a quién. Desde el punto de vista de Collins, las únicas variables genuinas de lo macro en cualquier "desempaquetamiento" de conceptos son aquellas acerca del tiempo, número y espacio. "Toda la realidad social, entonces, es la micro experiencia; pero hay agregaciones temporales, numéricas y espaciales de estas experiencias que constituyen un nivel macro de análisis" (Collins, 1981:99).

De este argumento se sigue que la sociología debe enfocar su atención en el análisis sistemático de situaciones micro, y así evitar trabajar con conceptos macro que no están fundamentados correctamente o adecuadamente en la vida social cotidiana. Por ejemplo, los conceptos de clase y relaciones de clase sólo llegan a ser significativos una vez que muestran ser característicos de mundos de vida particulares compuestos de ciertas experiencias compartidas que involucran forcejeos sobre las oportunidades de sustento diferenciales (centrándose frecuente —pero no exclusivamente— en el lugar de trabajo y el acceso a los medios básicos de producción). Foucault (en Gordon, 1980:102) adopta un punto de vista similar cuando perfila su planteamiento del estudio de relaciones de poder. Él argumenta que aunque el poder puede parecer remoto y sujeto a "la soberanía jurídica y las instituciones del Estado" y, por tanto, más allá de la arena de interacción social cotidiana, en realidad se manifiesta y se reproduce o se transforma en los lugares de trabajo, familias y otros escenarios organizacionales de la vida cotidiana (véase Foucault, 1981:94).

La importancia de las "estructuras emergentes"

Estos argumentos sugieren que para evitar la reificación de conceptos macro debemos construir nuestra comprensión de la sociedad "des-

de abajo", esto es, documentando situaciones cotidianas micro y la práctica social situada. Sin embargo, esto puede fracasar, a menos que desafemos el razonamiento de Collins en un aspecto importante. No deben conceptuarse con simpleza las estructuras macro como agregaciones de episodios o situaciones micro, ya que muchos de ellos entran en la existencia como resultado de las consecuencias imprevistas de acción social. Así, como Giddens ha insistido en sus escritos, las propiedades de las instituciones sociales¹⁰ y de ciertas estructuras globales (como la noción de Wallerstein del "sistema mundial") son formas emergentes que no son explicables (ni del todo descriptibles) en términos de eventos micro. Aunque es verdad que las formas institucionales no tienen, en términos estrictos, una "vida en sí mismas", y que están profundamente engranadas en la práctica social cotidiana, sin embargo poseen características que no pueden ser comprendidas del todo con sólo disecar la minucia de encuentros sociales.

Por ejemplo, no tendría sentido defender que la operación de los mercados de mercancías y las instituciones económicas capitalistas pueden describirse de un modo significativo o explicadas por la sola observación de la conducta de capitalistas individuales, financieros internacionales, accionistas, etcétera, o por el estudio a fondo de los encuentros sociales y forcejeos que tienen lugar entre los dueños o gerentes de capital y los obreros. Marx tenía razón al enfatizar la existencia de ciertas condiciones estructurales (como las que facilitan la formación de una fuerza de trabajo "libre" o la realización de intercambio de valor y ganancia) que posibilitan los procesos de producción capitalista e intercambio. Él también defendió que los varios actores involucrados en la producción capitalista tienen una comprensión limitada y hasta cierto grado distorsionada de la naturaleza del sistema como un todo.¹¹

Las estructuras macro son en parte el resultado de las consecuencias imprevistas de numerosos actos sociales e interacciones que, como Giddens (1984:8-14) explica, se vuelven las condiciones habilitadoras

¹⁰ Es decir, "prácticas sociales estructuradas que tienen una extensión espacial y temporal amplia; son estructuradas en lo que el historiador Braudel llama el *longue durée* del tiempo, y son seguidas o reconocidas por la mayoría de los miembros de la sociedad" (Giddens, 1981:164).

¹¹ Marx enfatiza el punto sosteniendo que allí existe un "fetichismo de mercancías" en que la "verdadera" naturaleza y el valor de intercambios mercantiles se disimula por medio de la "mistificación".

y constrictoras de la acción social misma. La presión sobre un banco resultado del excesivo retiro de los acreedores (ocasionado por rumores de que el banco es incapaz de cumplir con sus obligaciones financieras) genera el incremento de retiros debido a la creciente falta de confianza pública, que al final quizá lo lleve a su colapso. Las acciones realizadas por los clientes individuales y por los oficiales del banco contribuirían, claro, a esta situación de deterioro, pero es muy poco probable que ellos hubieran buscado el resultado. Un ejemplo agrario pertinente es el programa de distribución o colonización de la tierra, que aspiraba a promover la independencia económica de familias campesinas, el cual, después de varios años, produjo que estas familias se endeudaran con prestamistas al grado de que ya no pudieron tomar decisiones propias acerca de los futuros cultivos (Siriwardena, 1989). En este caso, ni los proyectistas gubernamentales ni los mismos campesinos buscaron o previeron esta eventualidad. Ésta fue resultado, sobre todo, de los tipos de relaciones que poco a poco evolucionaron entre los actores clave (campesinos, prestamistas, comerciantes y funcionarios del Estado).

Estos ejemplos son relativamente simples para entender y trazar cadenas de efectos. La mayoría de los casos sociológicos son de hecho mucho más complejos y a menudo es difícil desenredar las numerosas consecuencias de acciones sociales particulares y sus efectos de retroalimentación. No obstante, la investigación bien enfocada puede documentar las maneras en que las interacciones sociales particulares y decisiones tienen un efecto dominó en las arenas sociales más distantes, o que con el tiempo crean conjuntos emergentes de relaciones que forman sistemas de escala más grande o campos de acción. Es, por consiguiente, importante que tengamos maneras de caracterizar y analizar estos "sistemas globales". Entonces, no debe interpretarse la insistencia de Collins en el estudio de situaciones micro y traducción micro como la posibilidad de simplemente anular los conceptos que lidian con fenómenos macro. Tampoco debemos conceptuar el nivel macro como sólo compuesto por la agregación de situaciones o procesos micro ya que también debemos prestar atención a las propiedades emergentes que se manifiestan en modos cualitativamente distintivos de organización.¹²

¹² Véase en Blan (1964, sobre todo las páginas 1-32 y 46-50) una exposición de la importancia de formas y propiedades emergentes en escenarios de interacción, y en

Aquí no puedo extenderme más en este importante asunto de las estructuras emergentes y sus efectos de retroalimentación en la opción y conducta social. Baste con señalar que las formas emergentes van desde redes interpersonales de relativa pequeña escala, a arreglos institucionales para organizar gente y territorio (por ejemplo, como es mostrado por el patrón de actividades e interrelaciones de agencias estatales en escenarios locales particulares), hasta sistemas políticos y económicos de gran escala. Estas diferentes escalas de fenómenos emergentes, por supuesto, a menudo están intrincadamente interrelacionadas, como ilustra el ejemplo de la Sierra Central del Perú expuesto en el capítulo 1.

La problemática de "la interfaz" para la investigación sobre políticas sociales

Es aquí donde la noción de interfaz social resulta relevante como una manera de examinar y entender problemas de heterogeneidad social, diversidad cultural y los conflictos inherentes a procesos que involucran intervenciones externas. Las interfaces típicamente ocurren en los puntos donde se cruzan diferentes, y a menudo conflictivos, mundos de vida o campos sociales, o más concretamente, en situaciones sociales o arenas en las cuales las interacciones giran en torno a los problemas de pontear, acomodar, segregar o disputar puntos de vista sociales, evaluativos y cognoscitivos. El análisis de interfaz social pretende dilucidar los tipos y fuentes de discontinuidad y vinculación social presentes en tales situaciones e identificar los medios organizacionales y culturales para reproducirlos o transformarlos. También puede ayudar a desarrollar un análisis más adecuado de los procesos de transformación de la política, ya que nos permite entender en mayor medida las respuestas diferenciales de los grupos locales (incluyendo la población objetivo o la población que no es el objetivo de las

Kapferer (1972) un examen empírico sistemático de las ideas de Blau usando métodos de redes sociales y caso extenso. Prigogine (1976: 112-114) ilustra la importancia de las estructuras emergentes analizando cómo las termitas construyen sus hormigueros, un proceso que empieza con conducta no coordinada y aleatoria, pero que llega a ser coordinada y estructurada.

intervenciones planeadas. Asimismo puede ayudar a forjar un terreno teórico medio entre las llamadas teorías del cambio social micro y macro al mostrar cómo las interacciones entre las partes "interventoras" y los actores "locales" conforman los resultados de políticas de la intervención particulares, a menudo con repercusiones en los patrones de cambio, regionales, nacionales e incluso internacionales.

Aunque la palabra *interfaz* tiende a llevar consigo la imagen de alguna clase de articulación de dos sitios o confrontación cara a cara, las situaciones sociales de interfaz son más complejas y múltiples en su naturaleza, pues contienen muchos intereses diferentes, relaciones y modos de racionalidad y poder. Mientras el análisis se enfoca en los puntos de confrontación y diferencia social, debe situar éstos dentro de dominios institucionales y de conocimiento y poder más amplios. Adicionalmente, requiere una metodología que contrapesa las voces, experiencias y prácticas de todos los actores sociales relevantes, incluyendo las "curvas de aprendizaje" experiencial de los practicantes de la política e investigadores.

Los precursores del concepto de interfaz

Desde los cuarenta Gluckman, Mitchell y Barnes (1949) habían realizado análisis de los problemas asociados con la intersección de diferentes órdenes normativo y político-administrativo. Describen lo que ellos llaman "la posición intercalada" del jefe de una aldea africana creada por la administración del gobierno colonial británico. Ellos sostienen que el papel del jefe estaba potencialmente cargado de conflicto y ambivalencia, ya que era arrastrado al mismo tiempo en dos direcciones opuestas: la lealtad a sus parientes y al pueblo, y la lealtad a su jefe tribal y a la administración colonial.

Aunque en su momento esto ofreció una perspectiva útil para la resolución de algunos de los problemas inherentes a la política colonial británica del "gobierno indirecto", la formulación de Gluckman y de los otros autores, difiere de la mía por apoyarse excesivamente en un modelo estático que dicotomiza la imagen e implica que, a pesar del conflicto, las relaciones estructurales entre los dos órdenes sociales permanecían más o menos equilibrados e inalterados. Tampoco presta alguna atención a documentar las estrategias precisas adoptadas por

el jefe de la aldea para dirigir un curso medio entre estas demandas contradictorias, ni explicación alguna de cómo los funcionarios coloniales se acomodaron a la situación. Estas limitaciones son consistentes con el compromiso de Gluckman con un modelo del cambio social institucional y de equilibrio (Gluckman, 1958, 1968; Long, 1968:6-9).

Un esfuerzo por completo diferente y mucho más reciente para enfrentar teóricamente los temas de discontinuidad social en escenarios locales es *La construcción simbólica de la comunidad*, de Cohen (1985), quien vincula el problema a la necesidad de una nueva perspectiva de la "comunidad" que él aplica tanto a grupos residenciales locales y étnicos. El planteamiento, él sugiere, se enfoca en el examen de la manera en que tales grupos construyen las fronteras a su alrededor para demarcarse de otros. Este proceso involucra simultáneamente elementos simbólicos compartidos que definen *grosso modo* los límites de la comunidad (es decir, marca las distinciones entre "nosotros" y "ellos"), que así crea un "sentido de pertenencia", además de formas de interacción estratégica entre individuos particulares, en ocasiones llamados "intermediarios culturales" que, por así decirlo, establecen los parámetros y concepciones de "sí mismo" y "el otro" relevantes en contextos interactivos particulares y confrontaciones con "forasteros".

Cohen expone su punto de vista al repasar críticamente los planteamientos existentes para el estudio de la "comunidad" y al presentar una serie de viñetas etnográficas seleccionadas para defender el caso de una antropología simbólica de la comunidad. Concentrándose en los procesos por los cuales "las personas llegan a darse cuenta de su cultura cuando están en sus límites", el análisis de Cohen (1985: 69) se acerca a algunos de los problemas conceptuales y teóricos que sobresalen bajo el epígrafe de "interfaz". Sin embargo, una diferencia mayor descansa en el excesivo énfasis que pone en las construcciones culturales y en la defensa simbólica de la "comunidad", a costa de la profundización en el despliegue estratégico de los recursos organizacionales y políticos. Una limitación posterior del estudio es que se concentra en las "comunidades" de grupos locales, y presta escasa atención a las estrategias y "comunidades simbólicas" de las partes que intervienen, como los funcionarios gubernamentales, misioneros o comerciantes.¹³

¹³ Existen varios estudios antropológicos interesantes sobre los actores gubernamentales de la línea frontal. Por ejemplo, véase en Worsley (1965) el caso de los

De hecho, estas limitaciones habían sido en gran medida superadas en el estudio interaccionista simbólico de Handelman (1978), quien argumenta que "se ha prestado atención insuficiente al choque entre las maneras en que las instituciones supralocales conciben los territorios administrativos y las maneras en que poblaciones basadas territorialmente se conciben a sí mismas como comunidades". Identifica "la interfaz funcionario/cliente como el punto de articulación donde es más probable que tales discrepancias de conexión y comunicación sean evidentes y, por lo tanto, un probable *nodo mediante el cual exponer la coerción y fragilidad de las estructuras de poder*" (Handelman, 1978:5-6).

Este punto metodológico, por supuesto, coincide por completo con la defensa que deseo hacer del análisis de interfaz. Handelman desarrolla su punto de vista teórico por medio de estudios detallados de seguridad social en Israel (1976) y el cuidado del niño en Newfoundland, Canadá (1978). Demuestra que los funcionarios del Estado que tratan de un modo directo con el público no asignan mecánicamente los beneficios a los individuos siguiendo las reglas establecidas. En cambio, son contribuyentes activos en la producción de decisiones, usando su propio arbitrio y desarrollando su *modus operandi*. Ciertamente, subrayando y proporcionando una razón para las prácticas administrativas y de asignación que ellos adoptan, están ciertas cosmovisiones que han cristalizado de las muchas interacciones y procesos de toma de decisiones en que han estado envueltos con antelación, con clientes y colegas (véase en Rees, 1978, una exposición similar de mundos de vida diferenciales entre trabajadores sociales en Gran Bretaña). También muestra cómo los casos de clientes son construidos por los funcionarios con base en las maneras de tipificar a las personas y su conducta que son consistentes con el bagaje de conocimiento e ideología del mundo de vida de la organización en que trabajan. Por lo tanto, las interfaces funcionario/cliente son similarmente influenciadas por los "imperativos" organizacionales y por las experiencias particulares organizacionales del funcionario en cuestión. Como Arce (1989:48-49) señala, una laguna importante en el planteamiento de Handelman (véase también Handelman, 1976) es su falta de atención a las maneras en que la cos-

funcionarios gubernamentales en Saskatchewan, Canadá; y en Raby (1978), el de los administradores de distrito en Sri Lanka.

movisión del funcionario oficial y sus estrategias son afectados por experiencias pasadas y presentes *fuera* del contexto burocrático.

Una propuesta diferente para el tema de la asignación de servicios públicos o beneficios (o incluso las multas) está enunciada en el trabajo del finado Bernard Schaffer y sus colegas en el Instituto de Estudios del Desarrollo, Sussex (Schaffer y Lamb, 1976), quienes escriben sobre "la teoría del acceso". Su objetivo principal es desarrollar un marco analítico para el análisis de las transacciones burocráticas con clientes que involucren la asignación administrativa de bienes y servicios en sistemas no-mercantiles de distribución, donde el ingreso no determina la asignación. Su trabajo empírico se concentra en documentar los factores que afectan el acceso a los bienes y servicios públicos particulares, tales como el alojamiento, el seguro social y crédito agrícola, fundamentado en diferentes categorías de cliente.

Su enfoque del problema puede ilustrarse con un ejemplo agrícola. Un cultivador —colocado en la base de la pirámide de acceso— puede estar ávido y ser definido como elegible para uno o más servicios, como la extensión agrícola, el crédito y los insumos técnicos, pero aun así no puede conseguir lo que quiere o a lo que por ley tiene derecho. La razón de ello es que ahí opera una cantidad de reglas informales, habladas o tácitas, que gobiernan su exclusión. Tal cultivador frecuentemente se encuentra en algún punto haciendo cola ante un mostrador donde espera que le sea entregado el servicio que busca. Sin embargo, el mostrador es más que una barrera física o lugar donde las transacciones oficiales tienen lugar; funciona como un medio para reconciliar los intereses de los solicitantes y los que asignan y para definir con precisión quién sí y quién no tendrá acceso a los bienes o servicios "en oferta".

Detrás del mostrador está un administrador que, al mismo tiempo, mantiene el servicio, sirve a sus intereses privados o de grupo y espera, él mismo, en una cola para que su superior administrativo apruebe el servicio. Él es, por consiguiente, parte de una jerarquía administrativa o burocracia. La distribución de bienes y servicios no sólo depende simplemente de eficacia de la asignación o de las características conductuales individuales de los granjeros o los que asignan, sino también de las regulaciones que gobiernan la elegibilidad de los destinatarios, la disciplina en la cola y las características de los niveles administrativos superiores e inferiores en la jerarquía de asignación. También dependerá de la existencia de cauces alternativos para el ser-

vicio (lo que Schaffer llama "salida") y de la susceptibilidad de los diferentes sistemas de acceso a la manipulación del cliente (lo que se llama "voz").

Esta imagen proporciona a Schaffer y a sus colegas las bases para desarrollar un modelo descriptivo para perfilar los varios factores y procesos que afectan las decisiones de asignación y para definir el tipo y nivel de acceso otorgado a la diferente clientela. El planteamiento se ha aplicado en varias situaciones del Tercer Mundo. Por ejemplo, Bárbara Harris (1978) usa el idioma de acceso para analizar la organización cooperativa de múltiples propósitos en Sri Lanka. Ella concluye que los conceptos de acceso son en verdad una manera fructífera de identificar los factores que dan cuenta de las variaciones en la organización y provisión de servicios entre las uniones cooperativas, entre éstas y sus ramas, entre las ramas y dentro de la jerarquía cooperativa. De hecho, muestra cómo la estructura organizacional anima el uso de estrategias tanto de salida como de voz, que van en contra del logro de la equidad entre los miembros o entre las ramas, y cómo los intereses empresariales externos de los gerentes también afectan esto.

Sin embargo, una dificultad mayor con este tipo de análisis es que no siempre se puede identificar con facilidad los mostradores y las colas. La analogía de la obtención de bienes y servicios por medio de un mostrador va demasiado lejos, y sólo puede operar cuando existen ítems tangibles y claramente definidos para asignar. En contraste, muchas situaciones de interfaz involucran una serie de encuentros entre los funcionarios del programa y los clientes que no pueden atarse en paquetes discretos de bienes y servicios. Los extensionistas pueden visitar con regularidad a los granjeros en sus áreas, pero sería difícil considerar que cada visita trae consigo algún beneficio definido con claridad para el granjero. La interacción entre el extensionista y el granjero está compuesta por varios elementos diferentes, y a menudo difusos, de los cuales sólo algunos podrían considerarse implicados en cuestiones de acceso. Además, las interfaces del cliente no son asuntos de una ocasión; implican interacciones a lo largo del tiempo durante las cuales las percepciones de los actores pueden cambiar y sus metas pueden desviarse o pueden redefinirse.

También el cliente puede interesarse en adquirir nuevas clases de servicios, piezas de información, o contactos sociales (incluso al punto de romper la relación inicial). O los granjeros pueden decidir enfocar

sus esfuerzos en la obtención de favores políticos para el futuro, acumulando "buena voluntad" en lugar de buscar el acceso a nuevas formas de conocimiento agrícola y tecnología. Y esto se agravará al lidiar con formas grandes y complejas de intervención del Estado (por ejemplo, programas de reforma agraria), ya que se enfrenta una plétora de tipos de mostradores e interfaces (formales e informales) relacionados con los procesos de asignación que resulta casi imposible saber cuáles estudiar a fondo. Agregue a esto la existencia de tantos trabajadores en situaciones de interfaz y las tantas fuentes potenciales de interpretación y manipulación con alta probabilidad de que los actores se mal informen o hagan fanfarronerías entre sí, y más —por lo que llega a ser doblemente difícil aplicar los conceptos de acceso.

Con el fin de asir estas complejidades, se necesitaría especificar los tipos de arenas de interacción y situaciones con los que se desea lidiar y, como Handelman, coleccionar casos de estudio extendidos que documenten las transacciones que involucren no sólo los bienes materiales, sino también significados sociales, negociados en encuentros particulares de interfaz.¹⁴ La teoría del acceso, cuyo marco conceptual deriva de la imagen de hacer tratos a través del mostrador, parece mal situada para explorar estas importantes dimensiones sociales y cognoscitivas de la interfaz.

Los elementos clave de una perspectiva de interfaz

La interfaz como una entidad organizada de relaciones e intencionalidades entrelazadas

El análisis de interfaz se enfoca en los eslabonamientos y redes que se desarrollan entre individuos o partes, más que en el individuo o las estrategias de grupo. La interacción continuada anima el desarrollo de fronteras y expectativas compartidas que forman la interacción de los participantes para que con el tiempo la propia interfaz se vuelva una entidad organizada de relaciones e intencionalidades entrelaza-

¹⁴ Véase un ejemplo interesante de esto en el estudio de González (1972) sobre las interacciones entre oficiales de USAID y miembros de la elite industrial en la República Dominicana.

das. Por ejemplo, la interfaz entre la gerencia y los obreros en una fábrica o entre el propietario y los arrendatarios persiste en el tiempo de una manera organizada con reglas, sanciones, procedimientos y prácticas "probadas" para abordar intereses y percepciones conflictivas. Lo primero se enmarca mediante roles acordados por los oficiales de los sindicatos, representantes de obreros, personal de dirección y árbitros independientes, y lo último mediante una jerarquía de lazos personalizados basada en relaciones de patrón/cliente y de amistad. La misma capacidad organizadora se sostiene en el caso de interfaces que involucran a funcionarios del Estado y campesinos locales o líderes de los agricultores, o entre grupos constituidos con menor formalidad que difieren el uno del otro en terrenos religiosos, étnicos u otros. Como los estudios de grupos pequeños han mostrado, incluso las redes más informales de individuos y familias tenderán a desenvolver modos regularizados de relacionar a los no miembros y forasteros. El establecimiento de tal normativa de medio terreno puede ser negociado de manera endógena o exógena, y puede involucrar competencias entre el Estado, organizaciones privadas y cívicas e intereses que aspiran a influir o controlar las reglas del convenio o pacto.

Interfaz como un sitio para el conflicto, la incompatibilidad y la negociación

Aunque las interacciones de interfaz presuponen algún grado de interés común, también tienen una propensión hacia la generación de conflicto debido a los intereses contradictorios y objetivos o a las relaciones de poder desiguales. Las negociaciones en la interfaz a veces se llevan a cabo por individuos que representan distritos particulares, grupos u organizaciones. La posición de ellos es inevitablemente ambivalente en virtud de que ellos deben responder a las demandas de sus grupos y a las expectativas de aquellos con quienes deben negociar. Claro, este es el dilema del líder del pueblo, capataz del taller o el representante del estudiante en los grupos universitarios; de hecho es el de cualquiera que ocupa una posición intercalada entre dominios sociales diferentes o niveles jerárquicos. Aquellos que llegan a ser hábiles para manejar tales posiciones ambivalentes pueden desplegar esta habilidad para su ventaja personal o política, y a veces actúan como intermediarios.

Al analizar las fuentes y dinámicas de contradicción y ambivalencia en las situaciones de interfaz es importante no prejuzgar el caso asumiendo que ciertas divisiones o lealtades (como las basadas en la clase, etnia o género) son más fundamentales que otras. Tampoco se debe dar por supuesto que porque una persona particular "representa" a un grupo específico o institución, por necesidad actúa por los intereses o en nombre de sus compañeros(as). El eslabón entre representantes y circunscripciones (con sus diferencias en membresía) debe establecerse de manera empírica, no tomado como algo dado.

La interfaz y el choque de paradigmas culturales

El concepto de interfaz nos ayuda a enfocarnos en la producción y transformación de las diferencias en las maneras de ver la vida y los paradigmas culturales. Las situaciones de interfaz proporcionan a menudo los medios para que individuos o grupos lleguen a definir sus posiciones culturales o ideológicas frente a los que defienden o simbolizan puntos de vista contrarios. Por ejemplo, las opiniones sobre el desarrollo agrícola expresados por los expertos técnicos, trabajadores de la extensión y los granjeros rara vez coinciden por completo; y lo mismo es verdad en el caso de quienes trabajan para un solo ministerio con un mandato definido de la política. Es decir, los agrónomos, trabajadores del desarrollo comunitario, funcionarios del crédito, ingenieros de irrigación y demás, a menudo discrepan acerca de los problemas y prioridades del desarrollo agrícola. Estas diferencias no pueden reducirse a idiosincrasias personales, sino que deben reflejar diferencias yacentes ocasionadas por modelos diferenciales de socialización y profesionalización que a menudo conducen a una mala comunicación o choque de racionalidades (Chambers, 1983; Box, 1984). El proceso se complica aún más por la coexistencia de varios modelos culturales diferentes o principios organizativos dentro de una sola población u organización administrativa (Law, 1994), lo que crea espacio para maniobrar en la interpretación y utilización de estos valores culturales o puntos de vista.

La interfaz identifica la naturaleza de contiendas (explícitas o implícitas) sobre la dominación y legitimidad de paradigmas sociocultu-

rales particulares o representaciones de modernidad; aunque, al mismo tiempo, es importante reconocer que los compromisos con marcos normativos o ideológicos específicos y tipos de discurso y retórica por lo regular son específicos de la situación. Es decir, para los actores involucrados, puesto que ellos no permanecen constantes en todos los contextos sociales. Por consiguiente, es necesario identificar las condiciones en las cuales se sostienen definiciones particulares de realidad y visiones del futuro, analizar la interacción de oposiciones culturales e ideológicas, y exponer las maneras en que acciones e ideologías puente o distanciadoras hacen posible que ciertos tipos de interfaz se reproduzcan o transformen.

La centralidad de los procesos de conocimiento

Unido al último punto está la importancia de los procesos de conocimiento. El conocimiento es una construcción cognoscitiva y social que resulta y con frecuencia se forma de las experiencias, encuentros y discontinuidades que surgen en los puntos de intersección entre los mundos de vida de los diferentes actores. Varios tipos de conocimiento, incluso las ideas sobre uno mismo, otras personas, el contexto y las instituciones sociales, son importantes para entender las interfaces sociales. El conocimiento está presente en todas las situaciones sociales y a menudo se enlaza con las relaciones de poder y la distribución de recursos. Pero en las situaciones de intervención adquiere especial importancia porque trae consigo la interacción o confrontación de formas de conocimiento, creencias y valores del "experto" contra el "lego", y forcejeos por su legitimación, segregación y comunicación.

Entonces, una propuesta de la interfaz describe el conocimiento como surgido de "un encuentro de horizontes". La incorporación de nueva información y de nuevos marcos discursivos o culturales puede tener lugar sólo dentro de los marcos de conocimiento y modos evaluadores ya existentes, que son reformados por medio del proceso comunicativo. De aquí el conocimiento emerge como un producto de interacción, diálogo, reflexión y contiendas de significado, e involucra aspectos de control, autoridad y poder.

El poder como resultado de luchas por los significados y relaciones estratégicas

Como el conocimiento, el poder no es sencillamente poseído, acumulado y ejercido sin enfrentar problemas (Foucault, en Gordon, 1980:78-108). El poder implica mucho más de cómo las jerarquías y el control hegemónico demarcan posiciones sociales y oportunidades y restringe el acceso a los recursos. Es el resultado de luchas complejas y negociaciones sobre la autoridad, estatus, reputación y recursos, y necesita reclutar las redes de actores y sus distritos electorales o su *grey* (Latour, 1994; Callon y Law, 1995). Tales luchas se fundan en el grado en que actores específicos se perciben a sí mismos capaces de maniobrar dentro de situaciones particulares y desarrollar estrategias eficaces para hacerlo. Crear espacio para maniobrar implica un grado de consentimiento, un grado de negociación y, así, un grado de poder, manifestado en la posibilidad de ejercer algún control, prerrogativa, autoridad y capacidad para la acción, sea en el primer plano, o entre bastidores, en momentos fluctuantes o en periodos más sostenidos (Villarreal 1992: 256). Así, como Scott (1985) señala, sin poderse evitar el poder genera resistencia, acomodación y sumisión estratégica como componentes regulares de las políticas de la vida cotidiana.

La interfaz como compuesta de discursos múltiples

El análisis de la interfaz nos permite comprender la manera en que los discursos “dominantes” son endosados, transformados o desafiados. Los discursos dominantes se caracterizan por estar repletos de reificaciones (a menudo de un tipo “naturalista”) que suponen la existencia e importancia de ciertos rasgos sociales y agrupaciones, por ejemplo, en relación con “comunidades”, estructuras jerárquicas o “igualitarias” y construcciones culturales de etnia, género y clase. Tales discursos sirven para promover particulares puntos de vista políticos, culturales o morales, y a menudo son movilizados en las luchas por los significados sociales y recursos estratégicos. Sin embargo, mientras algunos actores “vernaculizan” los discursos dominantes para legitimar sus demandas ante el Estado y otros cuerpos autoritarios, otros escogen rechazarlos desplegando y defendiendo discursos compensatorios o

“demóticos” (literalmente: “de la gente”) que ofrecen puntos de vista alternativos, más arraigados en lo local.¹⁵

Una tarea mayor en el análisis de las interfaces es explicar con claridad las implicaciones de conocimiento y poder de esta interacción y la mezcla o segregación de discursos contrarios. Las prácticas discursivas y capacidades se desenvuelven sobre todo en las circunstancias de la vida social cotidiana, y en especial resultan ser los puntos críticos sobresalientes de discontinuidad entre los mundos de vida de los actores. Es a través de la lente de la interfaz como estos procesos pueden ser mejor capturados conceptualmente.

La interfaz y la intervención planeada

Utilizando las pistas anteriores, es claro que el análisis de las interfaces puede ser una contribución útil para la comprensión de cómo entran los procesos de intervención planeada en los mundos de vida de los individuos y grupos afectados, y llegan a formar parte de los recursos y constricciones de las estrategias sociales que desarrollan. Así, los llamados “factores externos” son “internalizados” y llegan a significar cosas muy diferentes para los distintos grupos de interés o para los diversos actores individuales, sean quienes implementan el programa, los clientes, o los espectadores. De esta manera, el análisis de interfaz ayuda a deconstruir el concepto de intervención planeada para verla por lo que es; a saber, un proceso continuado, socialmente construido y negociado, no sólo la ejecución de un plan específico de acción ya hecho con resultados esperados. También muestra que la aplicación de la política no es con simpleza un proceso de arriba a abajo, como se explica a menudo, ya que las iniciativas pueden venir tanto de abajo como de arriba (Long, 1992:19; también véase Long y Van der Ploeg, 1989).

Por lo tanto, es importante enfocar las prácticas de intervención como formadas por las interacciones entre los varios participantes, en lugar de sólo enfocarse en modelos de la intervención, con lo que quiero decir en las construcciones ideal-típicas que tienen del proceso

¹⁵ Véase en Baumann (1996) una perspectiva extensa de los procesos en un área multiétnica de Londres; también, Arce y Long, 2000.

los proyectistas, funcionarios o sus clientes. El interés en las prácticas de intervención permite enfocarse en las formas emergentes de interacción, procedimientos, estrategias prácticas, y tipos de discurso y categorías culturales presentes en contextos específicos. También permite tomar un relato completo de las "realidades múltiples" de los proyectos de desarrollo (es decir, los diferentes significados e interpretaciones de medios y fines atribuidos por los diversos actores), así como los forcejeos que surgen de estas percepciones y expectativas diferenciales.

Desde este punto de vista, entonces, la intervención planeada es un proceso transformativo que a menudo es reformado por su propia dinámica interna organizacional, cultural y política, y por las condiciones específicas que encuentra o crea, incluyendo las respuestas y estrategias de los grupos locales que pueden luchar por definir y defender sus espacios sociales, fronteras culturales y posiciones dentro del campo de poder más amplio.

Las interacciones entre el gobierno o las agencias foráneas intervienen en la realización de programas de desarrollo particular y las llamadas poblaciones receptoras no pueden entenderse de modo adecuado mediante el uso de concepciones generalizadas como "relaciones Estado-ciudadano" o apelando a conceptos normativos como "participación local". Estas interacciones deben ser analizadas como parte de procesos continuados de negociación, adaptación y transformación de significado que tienen lugar entre actores específicos. El análisis de interfaz que concentra las coyunturas o arenas decisivas que involucran diferencias de valor normativo e interés social implica no sólo entender las luchas y diferencias de poder que tienen lugar entre las partes involucradas, sino también un esfuerzo por revelar la dinámica de acomodación cultural que hace posible la interacción de varios mundos de vida. Este es un tema de investigación difícil, pero es central para entender los resultados intencionales e imprevistos de la intervención planeada llevada a cabo por autoridades públicas o agencias de desarrollo o iniciativas desde abajo por intereses locales diversos. El siguiente capítulo ilustra la aplicación del análisis de interfaz en tres casos mexicanos contrastantes.